

Entrevista a Vicente Leñero

A medio juego

Silvia Cherem

Vicente Leñero es una de las figuras clave de la literatura y el periodismo del México actual. En esta entrevista el autor de obras imprescindibles como Los albañiles, Los periodistas, La vida que se va, u obras de teatro como La mudanza o La visita del ángel, abre las puertas de su laboratorio literario para contarnos los secretos de la creación y las implicaciones entre la obra y la biografía.

Impaciente y terco, inseguro y crítico arrollador de sí mismo, Vicente Leñero (Guadalajara, Jalisco 1933) ha construido su obra con el sello de la tenacidad. Más de una vez ha estado a punto de cejar. Tras publicar *La vida que se va* (1999), después de décadas de romper borradores y quejarse de su falta de imaginación, dijo que abandonaría la literatura, como ya antes lo había hecho con el periodismo. Por fortuna, próximamente presentará *Sentimiento de culpa*, una antología de cuentos en su mayoría autobiográficos, bajo el sello Random House Mondadori.

Sabedor que la vida no es más que una serie de posibilidades, Leñero reconoce que la de él —como la de Norma Andrade, su personaje de *La vida que se va*— hubiera podido ser otra si se hubiera casado con otra mujer, hubiera seguido atado a organizaciones clericales, abrazado a otra profesión o doblegado a los designios familiares.

A finales de los cincuenta, aniquiló a los peones de su tablero, empecinados en que fuera ingeniero y, mediante un resuelto enroque, envalentonado por Estela, su mujer, aceptó subyugarse a su verdadera vocación: ser escritor. Escritor de cualquier género, ya fuera del drama de *Los albañiles* o de las radionovelas, pero al fin y al cabo, capaz de desechar los números de la ingeniería, para sobrevivir con las letras de la literatura.

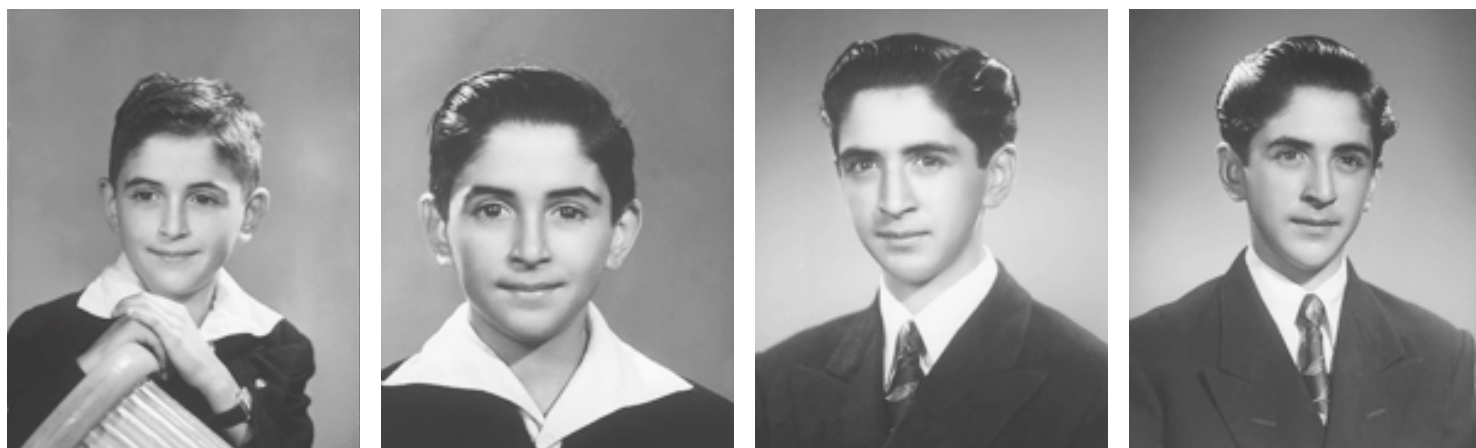
Un jaque circunstancial, el golpe de Echeverría al *Excelsior*, impuso que se aferrara al periodismo cuando

soñaba ya, en los setenta, con aventurarse a escribir ficción. Cómodo en las infanterías y obligado por lealtad a Julio Scherer, Leñero fue subdirector de *Proceso* desde el día de su creación en 1976, y durante dos intensas décadas en las que se empeñó en buscar la verdad. La Verdad con mayúsculas, aquella que quizás a la postre nutriría con personajes y situaciones su aletargada ficción, pospuesta, con reloj en mano, para ser retomada al término del ciclo periodístico.

Su vocación como dramaturgo llegó por añadidura cuando en 1967 investigaba el reformismo en la Iglesia que promovía Lemerrier. Escribió *Pueblo rechazado* y logró tal penetración con su teatro documental, que su público y sus actores le exigieron que siguiera escribiendo teatro. Señala:

Viví muy desesperado por desarrollarme como escritor, por abrirme camino en el teatro y en la literatura. Nunca me sentí realizado, nunca lograba lo que quería. Mis novelas las sentía incompletas y las obras de teatro se convertían en una incesante lucha con los directores. Lo único que se me dio más o menos fácil fue el cine, que encontré por casualidad.

No obstante su prolífica carrera en todos los géneros —diez novelas, tres colecciones de cuentos, cinco libros, varios con guiones, reportajes y memorias, once piezas de teatro y, el Premio Biblioteca Breve de Seix Barral (1963), el Xavier Villaurrutia (2001) y el Nacio-



nal de Ciencias y Artes (2001)—, Leñero se ha sentido un escritor de ligas menores, desdeñado por el gremio.

“Mis libros pasaban inadvertidos, quizá porque el medio cultural y literario veía como un contrasentido que fuera escritor y abiertamente católico”, reflexiona.

Por ello, a sus setenta y dos años, ha amenazado con claudicar al “tormento de la escritura”. Quisiera escribir sólo uno que otro guión cinematográfico; releer libros —*El Quijote*, novelas policiacas o la obra de Coetzee—; compartir con su séquito de mujeres: cuatro hijas y cinco nietas; jugar ajedrez, solo o acompañado; viajar a Cuernavaca los fines de semana, y disfrutar de la compañía de Estela, la reina de su tablero.

Su obsesión por desprenderse de yugos o excesos del pasado es tal que, a quien lo visita en su casa de San Pedro de los Pinos, le ofrece el libro que elija de su biblioteca, sin importar que se trate de primeras ediciones o de libros dedicados. *Tengo demasiados, me abruma y ya no los voy a leer*. Sólo se salvan contados libros que heredó de su padre y los ejemplares de su “egoteca”, donde acumula las ediciones de sus libros publicados.

Sobre su escritorio destaca como reliquia su máquina de escribir amarilla Brother, donde aún teclea sus textos, entre bocanadas de humo y sorbos de café, después de escribirlos con pluma fuente en una minúscula libreta. Nunca ha tenido computadora, ni interés en usarla. Ahí mismo está un ajedrez a medio juego, siempre a medio juego, el mismo en el que Leñero continuará fraguando azarosas estrategias en cuanto yo me marche...

UN GIGANTE CON UN PODER HIPNÓTICO

Eres chilango de San Pedro de los Pinos y, sin embargo, tu biografía insiste que eres tapatío...

Nací en Guadalajara por accidente. A mi padre le iba muy mal en los negocios, y emigró con la ilusión de ser socio de una compañía de mudanzas. No prosperó y, ya en México, puso una fábrica de refrescos caseros; fue restaurantero, comerciante, hotelero y hasta constructor.

Siendo yo niño compró, a un peso el metro cuadrado, un primer terreno en San Pedro de los Pinos, cuando formaba parte del antiguo Rancho Nápoles, y sin estudios, comenzó a construir con una visión pueblerina. Hizo una casa que logró vender y así siguió comprando terrenos en la misma manzana.

Entre hipotecas y estrechez se pasó gran parte de su vida construyendo, viviendo y vendiendo casas en San Pedro de los Pinos. Aunque eran un horror, así se hizo de un patrimonio. A cada uno de los seis hijos nos heredó una casa. Ésta fue la que le hizo a mi abuela. Aquí había un pozo de agua, en el que me asomaba cuando era niño deseando descubrir secretos. Recuerdo ese pozo y el olor a tierra mojada que pisaban las numiantes vacas del establo colindante.

Me dices que tu familia vivió penurias económicas y, sin embargo, estudiaste en el Colegio Cristóbal Colón que era para niños de familias muy acomodadas...

Inscribirnos ahí coincidía más con las aspiraciones de mi padre que con su realidad. Aspiraba a que tuviéramos una educación de primer mundo. Yo era un chamaco demasiado tímido y me deslumbraba su entereza.

Quizás estudiaste ingeniería para complacerlo. En aquella evasiva autobiografía que escribiste a los treinta y tres años, dices: “Quiérose aceptado padre, me acuso. Quiérose escritor, señor Faulkner, perdóneme”...

Fue un gigante con un poder hipnótico sobre mí. No sabía qué estudiar. Me gustaba escribir, pero consideré que estudiar Letras era condenarme a ser un teórico de la literatura. Además era provocar la burla, no ser nada, morirme de hambre. Por eso, y por las matemáticas, ingresé a Ingeniería.

Si soy justo, mi papá determinó mi gusto por la ingeniería y mi afición por las letras. Cuando éramos niños, nos compraba carros de tierra para que “constuyéramos” carreteras y colonias en las montañas de tierra lama de los terrenos que iba adquiriendo; pero también empecé a escribir porque quería que mi padre se sintiera orgu-

lloso de mis textos, como de los de mi hermano Armando, que nos leía de sobremesa.

Tenía una biblioteca muy amplia, lo recuerdo leyendo la obra de Victor Hugo o jugando ajedrez. Murió a los setenta años. Sus amigos del Club de Ajedrez me contaban que a todos los hacía pedazos, hasta que se enfermó y, perdido de la realidad, comenzó a comerse sus propias piezas. Su final fue muy doloroso.

Percibo su sombra en tus obras literarias, sobre todo en Los albañiles.

Ese libro es muy autobiográfico. El ingeniero era un poco mi padre: fuerte, contradictorio, intenso. Yo siempre dije que me identificaba con Jacinto, el maestro de obras, que es el más cabrón, pero si soy sincero me identificaba con el hijo del ingeniero, torpe para la ingeniería, apodado “El nene”.

Háblame de tu madre, a quien casi nunca mencionas.

No existió mucho en mi vida, aunque le heredé el temperamento callado e introvertido. Se sentía tan insignificante que dejó nuestra educación en manos de mi hermana mayor y de la nana Victoria. Mi padre y ella eran muy diferentes. Ella, religiosa y clerical; él, guadalupano de corazón, pero más bien liberal. En mi juventud, me escondía de ella para leer los libros que la iglesia católica tenía en su índice de autores censurados y que se empeñaba en encerrar con cuatro llaves.

La visión familiar era estrecha, de puertas cerradas. Vivíamos de la calle para adentro. Jamás compartíamos con vecinos o amigos.

CLERICALES HASTA EL TUÉTANO

Pareciera que tuvieran miedo de algo...

Quizá de romper el núcleo familiar. La escuela era también una prolongación de la familia. Por decisión mutua nos educaron con los lasallistas que nos inocularon la religión hasta el tuétano. El discurso era represivo y demoledor. Me hicieron creer que el mundo estaba lleno de maldad.

Afortunadamente el vicio familiar fue la literatura y así respiramos otros aires. Iniciamos con Andersen, Perrault, Grimm y todos los cuentos de hadas ingleses, franceses y noruegos; siguió Salgari y todo Verne. Mi favorito era *Dos años de vacaciones*. Era matadito y buen niño. Fui el primer lugar desde primer año de primaria hasta que llegué a la prepa de ingeniería, donde José Luis Bárcenas me desbancó al segundo sitio.

¿Es en esa época de encierro domiciliario cuando nace la “vocación teatral”, de la que hablas en Vivir del teatro?

Sí, mis hermanos y yo comprábamos títeres en alguno de los puestos del mercado Miraflores. Teníamos al narigón, al charro, al cocinero, y a la bella, y hacíamos funciones de teatro, primero en la cama de nuestros padres, y ya luego construimos nuestro teatro con un cajón de madera, que tenía telón, mobiliario y sistema de iluminación.

En aquel “Teatro de la Mariposa” cada sábado dábamos funciones con más de cincuenta actores, aunque nuestra única espectadora fuera Esperanza, mi hermana menor. Al terminar la función, escribíamos un diario a máquina, “El periódico Mariposa”, en el que dábamos cuenta del éxito de las obras, de las puestas en preparación y de los chismes de nuestros títeres actores.

Cuando Armando entró a la adolescencia dio al traste con nuestra empresa de titiriteros y cronistas. Él era el alma de las escenificaciones. Organizamos entonces un equipo de primos para jugar beisbol en Taxqueña, y ése fue nuestro respiro.

¿Nunca viviste rebeldía o diabluras de adolescente?

No, sólo iba al teatro o al cine, de la mano de mi padre. Era tan santurrón y miedoso, producto de las culpas y castigos que mamé, que el primer amor de mi vida fue una chica a la que durante dos años vi en el tranvía sin jamás atreverme a hablarle.

¿Fue Estela tu primera novia?

Sí, nos conocimos en la Acción Católica, cuando estaba yo terminando ingeniería. Las chicas de ahí eran en su mayoría muy feíitas, pero un día llegó ella, que era muy guapa, a vendernos unos boletos de una rifa. Le respondí que prefería comprarme dos cafés, que uno de sus boletos.

Cuando regresé de España me atreví a hablarle. Me parecía inalcanzable. Ella estudiaba psicología, era oriunda de Mexicali, y vivía sola en el Distrito Federal, escandalizando las buenas costumbres de mi familia.

¿Los unió la convicción conservadora de la Acción Católica?

No. La Acción Católica nos permitió conocernos, pero nos unió mucho más salir de ella. Yo era religioso, más por legado que por convicción, y por eso fue fácil que mis compañeros del Cristóbal Colón me emboletaran a trabajar en esa organización de corte excesivamente conservador.

Hoy me acuso de haber sido ciegamente clericalista. Con resabios de la Cristiada, los militantes concebían al gobierno como ateo y maldito, como una fuerza a derrotar, y nosotros éramos sus acólitos, su brazo para hacer proselitismo. Me deslumbraban personajes de la Cristiada como León Toral, capaces de matar por lealtad a su credo.



Vicente Leñero con su esposa Estela Franco

¿Cuál era tu labor?

Hice ahí mi primer periodiquito, *Impulso*, donde reseñaba las actividades del movimiento estudiantil y profesional. Además, para la revista *Señal*, entrevistaba a reputados católicos. Así conocí a José Vasconcelos. Lo iba a ver a la Biblioteca México y siempre contestaba mis tontas preguntas, como qué piensa usted de la paz, yo escribía su respuesta para evitar que le torciera sus declaraciones.

Tiempo después, le hice una entrevista exhaustiva que publiqué en el periódico *Reforma Universitaria*, donde me contó de su extraña conversión al catolicismo. Cuando él dirigía la revista *Timón*, había sido pro nazi y, arrepentido de algunas inmoralidades, expurgaba sus escritos desde el *Ulises criollo*, con el fin de publicar sus *Obras completas* en la Editorial Jus, de Salvador Abascal y la familia Gómez Morín.

En aquella época comencé a colaborar en el *Excelsior*. Tenía dos columnas: “Quién es quién en el cine”, que resolvía haciendo preguntas telefónicas a actores como Pedro Infante o Silvia Pinal, y “La linterna mágica”, donde hacía crítica de cine sin saber del género. Gracias a esas entraditas, a las que se sumaban dar clases y hacer levantamientos topográficos, podía yo mantenerme.

¿INGENIERO O ESCRITOR?

En 1956 te vas a España queriendo romper con tu historia en la ingeniería. ¿Cómo se da ese viaje?

Cuando estaba en tercer año de ingeniería, me dije, si paso Estabilidad, que era la materia más difícil, me meto a estudiar periodismo en la Carlos Septién García, una escuela de la Acción Católica. No quería dejar la ingeniería, pero quería aprender a escribir, me daba cuenta de lo incapaz que era para ligar las ideas.

El nivel era deplorable, pero conocí el mundo periodístico. Por buen alumno, me becaron para cursar un diplomado en el Instituto de Cultura Hispánica de Madrid. Mi papá se opuso, pero mi hermano me pagó el boleto. El diplomado resultó un curso intensivo de adoctrinamiento franquista. Mi suerte fue conocer a Gonzalo Torrente Ballester, un notable escritor, clave en mi vida.

Me sorprende escuchar que “no sabías ligar las ideas”, porque sé que desde niño mandaste poemas a la XEQ que pasaron al aire. Tenías vocación...

¿Cuál vocación? ¿Cómo sabes lo de la XEQ? Nadie se enteró y fue patético. El locutor me alabó en público, pero en privado me dijo que todo estaba mal escrito. Además no era tan niño, yo ya estudiaba ingeniería. Quizá no era tan malo, pero me cortó las alas para la poesía.

Y en 1958 encontraste la convocatoria de un concurso de cuento cuyo jurado estaba compuesto por Arreola, Rulfo, Dueñas y González Casanova y sin aliento escribiste “La polvareda” y “¿Qué me van a hacer papá?”, con los que ganaste el primero y el segundo lugar.

Pensé que ese triunfo sería mi oportunidad de conocer a Rulfo. Soñé que me daría el añorado empujón. Ya frente a él, me dijo: “Mire, de los cinco jurados, cuatro votaron en favor suyo y uno en contra. Yo voté en contra”.

Fui a ver a Arreola, quien además de jugar ajedrez conmigo me invitó a un taller que impartía en el Centro Mexicano de Escritores. Ahí leí en voz alta algunos cuentos de mi primer libro *La polvareda y otros cuentos*, y recuerdo que Arreola preguntó sarcástico: “¿A qué les suena?”. Era claro, a Rulfo, y me puso como dado. Una cosa era la influencia y otra el pastiche.

Y a pesar de que querías ser escritor, terminaste ingeniería. Quizá fue Estela la fortaleza que necesitabas para crecer y desprenderte de las expectativas de tu familia...

A pesar de que éramos mochos, ella era de un temperamento mucho más liberal y abierto que yo. Mi papá le pedía que me convenciera de continuar de ingeniero, pero ella hacía lo contrario. Me decía: “Si lo que quieres es ser escritor, pues órale, no te detengas”.

Trabajaba entonces en una compañía de instalaciones sanitarias y todo me salía mal. Estela llamó a Carmenchu, una amiga que trabajaba en la Agencia Palmex, donde hacían las radionovelas para Palmolive,

y así me decidí: jamás volvería al suplicio de la construcción. No quería volver a saber de albañiles, tuberías o destapar caños.

Es más, *Los albañiles*, que escribiría tiempo después, fue una venganza por lo mucho que me hicieron sufrir. Cuando la llevé al teatro, un maestro de obras gritó a bocajarro que mi obra era “un insulto a la dignidad de los trabajadores de la mezcla y la cuchara”. Insistía que no todos eran borrachos ni asesinos. Tenía razón.

ESCRITOR DE TIEMPO COMPLETO

¿Te parecía desdeñable escribir radionovelas?

¡Para nada! Me sentía el hombre más dichoso del mundo porque podía vivir de ello. Ningún género es desdeñable. Además, me liberé así del mundo católico. Escribí: “Entre mi amor y tú”, “La sangre baja del río”, “Bodas de plata”. Eran malas y cursis, pero aprendí el género del culebrón.

¿Seguías en el taller de Arreola?

Sí, pero también en el de Arturo Souto y Ramón Xirau, maestros asimismo del Centro Mexicano de Escritores. Con ellos comencé a explorar la novela. En 1961 escribí *La voz adolorida*. Sergio Galindo se entusiasmó con ella y ésa fue la posibilidad de liberarme por completo del mundo clerical. Mi editorial ya no sería Jus, sino la Veracruzana. Xirau escribió una crítica en *La palabra y el hombre*, y con ello me dieron la beca del Centro Mexicano de Escritores con la que escribí *Los albañiles*.

Y en 1963, por Los albañiles recibes el premio Biblioteca Breve Seix Barral, un año después que Vargas Llosa y uno antes que Cabrera Infante.

Fue muy emocionante porque, por recomendación de Emmanuel Carballo, el FCE había decidido no publicarla. Ese desaire me había sacudido brutalmente. Joaquín Morúa la publicó y la inscribió en el concurso. Tras el premio, ¡hasta Carmen Balcells, antes de ser la monumental agente literaria, aceptó representarme! En 1965, García Márquez, que aún no escribía *Cien años de soledad* y yo, éramos en México los únicos a quienes representaba. Balcells construyó en torno a mí castillos en el aire, pero yo siempre tuve pies de plomo.

A diferencia del entusiasmo internacional, en el medio cultural mexicano, regido entonces por Fernando Benítez, seguí siendo un don nadie. Muy pocos críticos se interesaron por *Los albañiles* y las contadas notas tuvieron un tinte devaluatorio o indiferente. Elena Poniatowska me hizo una entrevista que duró dos días y que, según me dijo, nunca publicó porque “Fernando Benítez no quiso”.

La voz adolorida fue el primer eslabón de tu trayectoria y, sin embargo, has dicho que te arrepientes de ella por mala.

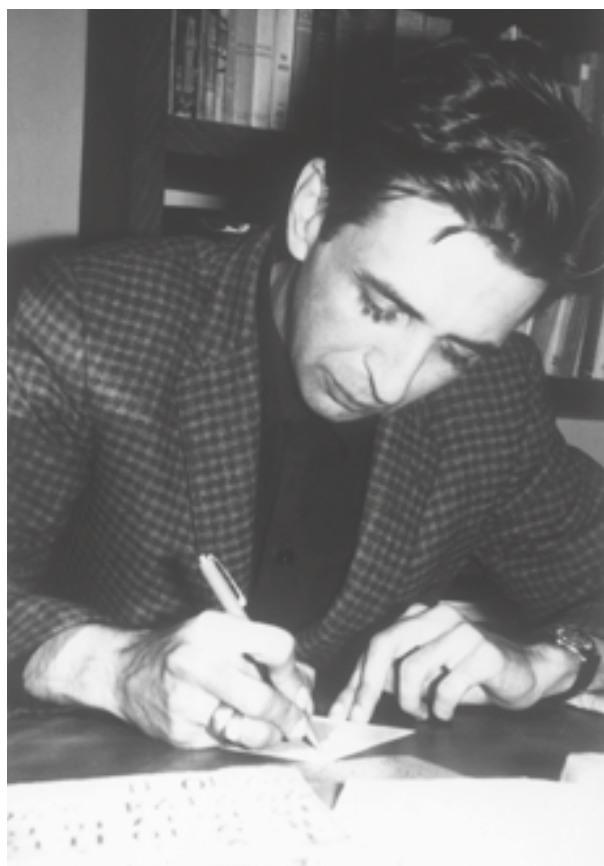
Soy duro conmigo, pero ese libro es pésimo. Cuando un editor extranjero me buscó para decirme que quería publicarla, la reescribí casi toda y le cambié el nombre a *A fuerza de palabras*. Casi siempre hago y rehago los textos.

En el *Excelsior* envidiaba a Granados Chapa que se atornillaba frente a la máquina y se aventaba cuatro editoriales apenas con dos o tres tachaduras, a diferencia de Monsiváis, que era como yo, lento hasta la enfermedad. Caminaba con las cuartillas pegadas a los lentes, rascándose los resortes de la cabeza, tachando hasta quedarse sin texto. Sufría para expresarme, para tener un estilo.

LIGAS MAYORES DEL PERIODISMO

Al renunciar a Televisión, en 1965, comienzas a trabajar como colaborador de la revista Claudia, que luego dirigirías...

Gustavo Sainz me contó que él y José Agustín acababan de incorporarse a una nueva revista femenina que no sería como *Kena* o *Vanidades*, cargadas de frivolidades. Jorge D’Angeli, el fundador de la revista, me puso a prueba. Escribí: “¿Cómo se hacen las telenovelas?”, en donde conté que algunas actrices, forzando el *close up*, se presentan en el *set* muy elegantes, pero en chancas. Era un reportaje malón, pero me dio el puesto de reportero.



Escribí sobre María Félix que me habló de su colección de porcelanas, de su cabecera de plata pintada por Diego Rivera; sobre Rafael y el gran Cantinflas, que le daba trato de principito a su hijo. Me achicaba ante ellos, pero al escribir los textos me salvaba porque lograba atrapar al lector.

¿Te fue mal con algún personaje?

Con Dolores del Río. A los dueños de *Claudia* se les ocurrió hacer: “Usted pregunta, Dolores del Río responde”. Ella aceptó por una buena lana. Yo era el encargado de las respuestas. El problema era que, aunque era diva, no recibíamos ni una sola carta y había que inventar tragedias amorosas, penas de arrugas o gordura.

Cada mes iba a su mansión y me dejaba horas esperándola. Para cuando aparecía, acompañada de sus *french poodle*, se quejaba de que las preguntas las escribiera yo y ella no recibiera ninguna carta de admiración. Era insoportable y, para colmo, ¡le pagaban el triple que a mí!

Para fines de 1971, ya quería dejar el periodismo para dedicarme a la literatura. Sorpresivamente, me llamó Miguel Ángel Granados Chapa, a nombre de Julio Scherer para ofrecirme la dirección de la moribunda *Revista de Revistas* del *Excélsior*.

Y te ganó la seducción de Julio Scherer...

El sueldo era inclusive menor que el de *Claudia*, pero acepté. Dirigía la revista y escribía un artículo semanal para las páginas editoriales del *Excélsior*. No había línea, me dejaban hacer y decidir. Para el 2 de junio de 1972 comenzó a circular la nueva *Revista de Revistas* con una entrevista a Erich Fromm de Ignacio Solares. A Julio le fascinó tanto que dijo que merecía estar en el periódico, no en la revista.

Muy pronto nos convertimos en un complemento del *Excélsior*, pero no recuerdo ningún trabajo memorable. Lo que más disfruté fue comenzar a relacionarme con gente creativa de primera: Magú, Jorge Ibarguengoitia, Eduardo Lizalde y Luis González de Alba.

Sin embargo, hay reportajes tuyos de entonces que son magistrales. Me gusta aquél en el que cuestionas a la Cuba de Castro, a la Cuba “despellejada”. A contracorriente aludiste a una sociedad presuntuosa y mitificadora, cuestionaste el

fervor militar, el ciego odio antiyanqui, el deterioro y el castro ante régimen.

Percibí el poco sentido autocrítico cuando asistí al XX Aniversario del Asalto al Cuartel de Moncada. La veneración excesiva a Castro, un manipulador dogmático, me recordaba la veneración ciega de muchos feligreses ante jerarcas endiosados por la Iglesia. El aparato ideológico rayaba en la soberbia y el dogmatismo.

Más de una vez me escapé del agregado de prensa que hasta al baño me acompañaba. La ciudad, efectivamente despellejada, era como un traje guango, enorme, barroco y superfluo; uno de esos trajes confeccionados para un burgués vanidoso que al marcharse acabó regalándole su suntuosa prenda a un obrero incapaz de portarla.

Después de cuatro años de dirigir *Revista de Revistas* me cansé del periodismo, quería escribir una novela sobre el ambiente periodístico. Le pedí una cita a Scherer para renunciar, pero él me propuso que me alejara sólo unos meses, no concebía que alguien quisiera “dejar el periodismo”.

Y mira qué paradoja. Escasos meses después, la realidad te regalaría la trama de tu añorada novela inspirada en el ambiente periodístico: el golpe de Echeverría al Excélsior, un crimen perfecto.

La asombrosa realidad siempre supera a la ficción. Estaba negociando con Julio, cuando se vino el golpe y ya no hubo manera de irme. Fundar *Proceso* fue un compromiso moral. Sin embargo, como a los cinco años de trabajo incesante, Julio y yo hicimos un pacto: “Cuando cumpla la revista diez años, nos vamos”. Él duplicó el plazo a veinte y agregó: “pero nos vamos juntos”.

LOS ENTRETRELONES DE PROCESO

Cuando Gustavo Alatraste te quiso comprar el guión de Los periodistas te dijo que era imperdonable que al final huyeran del periódico. Su versión, que tendría a Héctor Suárez en el papel de Julio Scherer, terminaría con un taxista que, al verlos salir del Excélsior sin gloria, les gritaría: “Pendejos, sacatones”. ¿Hubo oportunidad de quedarse?

Quedarnos, quizá no, pero sí de entrarle a la bronca. Nosotros jamás imaginamos perder aquella última reu-

Estela, el periodismo y la literatura han sido mis fuerzas purificadoras. Camus tiene una frase lapidaria: “Cuando se acaba el misterio, se acaba la vida”. Yo la tomo como una advertencia personal.

nión del Consejo de Administración del *Excelsior*, porque el periódico funcionaba muy bien con Julio y sentíamos que conformábamos un equipo inmejorable. Superamos el boicot de anunciantes, los funcionarios decían que no podían prescindir de “la saludable irritación” que les provocaba la lectura de nuestras páginas y era creciente el número de lectores. No quisimos ver que las innumerables deficiencias de la estructura de la cooperativa y los vicios acarreados durante años, abrían resquebrajaduras por donde podían infiltrarse intereses que dañarían lo mejor del periódico: nuestra línea independiente y liberal.

La asamblea resultó ser “balín”. Llegó una cantidad de ensombrerados, gentes de Regino Díaz Redondo que desde que iban subiendo por las escaleras amenazaban con soltar trancazos y balas. Con sus rechiflas no dejaron hablar a Miguel Ángel Granados Chapa ni a Samuel del Villar. Aprovechando el acceso hacia los puestos del Consejo de Administración, Echeverría impulsó a una pandilla de truhanes que darían un golpe político, disfrazado de guerra civil. Los compró para derrocarlos, para hacer creer que era un problema entre las bases y sus dirigentes.

Fausto Zapata, Subsecretario de la Presidencia, y Francisco Javier Alejo, Secretario de Patrimonio Nacional, nos llegaron a decir que Regino veía mucho a Echeverría. ¿Quién iba a pensar que pudieran ser tan maquiavélicos? Echeverría se sentía el dueño del país, insistía que “no era honrado que mordiéramos la mano de quien nos daba de comer”, pero jamás imaginamos los alcances de su ambición, ni el servilismo traicionero de Regino.

Adolfo Aguilar y Quevedo luego nos confirmaría que los trabajadores de la Confederación Nacional Campesina fueron los verdaderos invasores de los terrenos de la cooperativa en Taxqueña. ¡Nos ganó la ingenuidad!

Hay diferencias fundamentales entre las dos versiones públicas, la tuya, publicada en 1978 con la herida aún fresca, y la que expuso Aguilar Camín en La guerra de Calio.

Siento que Aguilar Camín se burla un poco de Julio. Consideró que la invasión de los terrenos de Taxqueña era banal, un suceso incapaz de justificar una bronca de ese calibre y, por eso, buscó un motivo más brutal: un problema con terrenos madereros.

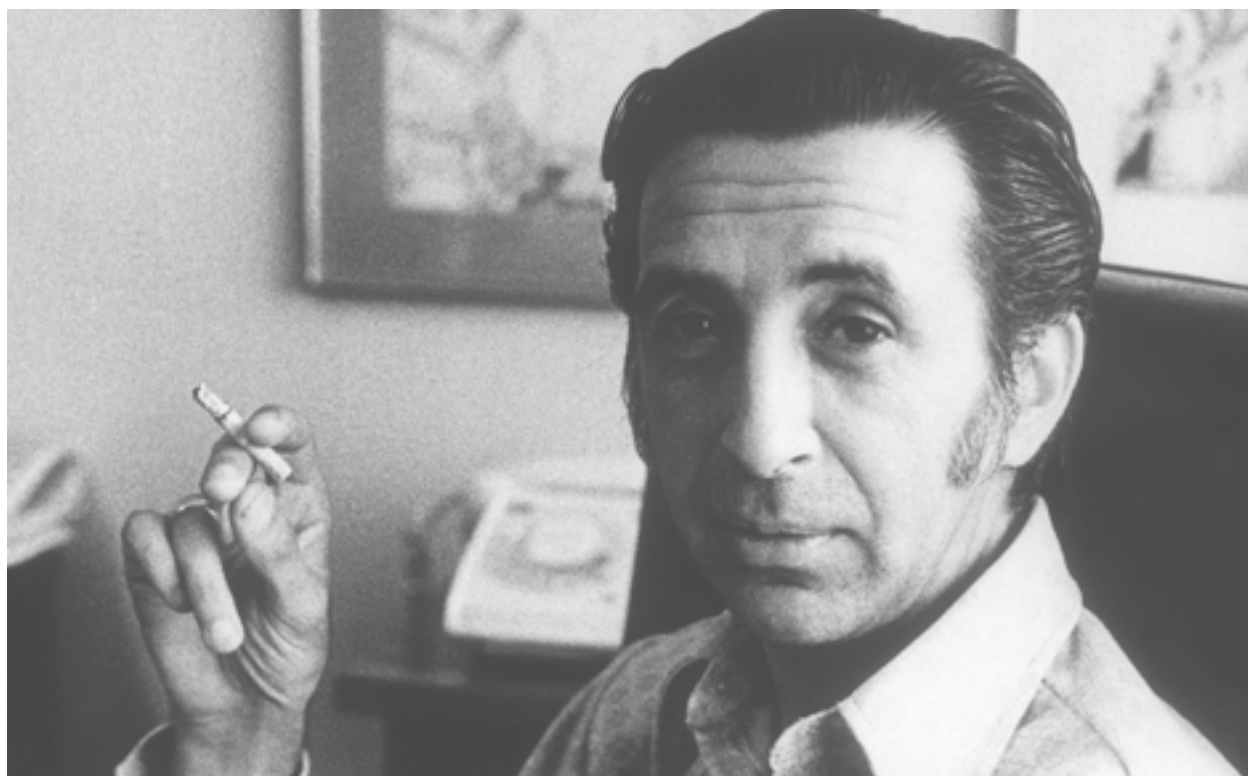
Cuando Aguilar Camín lo publicó, Julio me pidió que se lo contara porque no pensaba leerlo. Su historia no era calumniosa, simplemente guardaba una cierta ironía con respecto a Julio. A Julio esto no le importó, al contrario, invitó a Aguilar Camín a colaborar en *Proceso*.

Los periodistas se convirtió en la historia oficial, aunque a mí su aparato formal no acaba de gustarme. Debí haberlo escrito como reportaje.

El golpe fue en julio y sorprende que el ímpetu y la indignación los movilizaran para iniciar Proceso en noviembre...

Me aterraba que Julio se empeñara en sacar el primer número antes de que Echeverría dejara la presidencia. El reto era escupirle en el rostro que no nos derrotó. Y lo logramos. Salimos un mes antes de que dejara el poder.

Nunca he conocido a nadie tan reportero como Julio. Tiene además una facilidad impresionante para tratar con los poderosos sin doblarse. Con Jesús Reyes Heróles,



No me gusta que las historias se acaben: ni en el cine, ni en la literatura, ni en la vida. Siempre tiene que haber más posibilidades, más caminos, más respuestas.

Secretario de Gobernación con López Portillo, los encuentros se convertían en duelos de inteligencia. Julio lo criticaba, lo impugnaba, lo cuestionaba y él respetaba a Julio por su tesonera necedad.

¿Nunca lo viste doblarse?

Quizás una vez. Hay una historia con las sobrinas de Manuel Bartlett, Secretario de Gobernación con De la Madrid. En *Los ex presidentes* Julio lo cuenta, pero no bien. La hermana de Bartlett viajó con su familia a Venezuela y se incorporó a una secta manejada por un *gurumai*. Después de un tiempo, el marido regresó y la mujer comenzó a cuestionarse. Espantada, se empeñó en sacar de ahí a sus hijos, ya renuentes a volver. Ella le pidió ayuda a su hermano, quien mandó a un comando de guaruras a Venezuela para rescatar a sus sobrinos.

Sólo lograron expatriar a los dos menores: un jovencito y una chica, que enrabiada amenazó a su madre con ir a *Proceso* a contarle todo. La encerraron en su casa, pero se escapó por la ventana. No era un asunto escandaloso, pero nos interesó porque había abuso de autoridad e intervención del gobierno mexicano en los asuntos de Venezuela.

La noche del cierre llegó a *Proceso* José Antonio Zorrilla, Director de la Federal de Seguridad. Amenazó a Julio, le pidió que declinara la publicación del reportaje. Julio se empeñó. Carlos Marín, en broma, le dijo:

—Julio no toma ninguna decisión sin que Vicente la apruebe.

No tardó en decirlo cuando Zorrilla ya estaba frente a mí. Sorbiendo una coca-cola espetó:

—Ustedes son muy rectos, ¿no?

—Sí —respondí sin que me escuchara.

—Éste es un asunto secundario —continuó—, pero Julio es de una necedad increíble.

—De nada servían mis aclaraciones.

—Si mi jefe dice que se publica, se publica.

Comenzó a deslizar su vaso por el perímetro de la mesa oval. Al llegar a la cabecera dijo:

—Ustedes se creen muy rectos, ¿no? Pero fíjese bien, la realidad se curva.

Soltó su vaso y pisando las astillas amenazó:

—Usted tiene cuatro hijas...

Ya no pude seguir escuchando. Julio estaba acostumbrado a esa forma de conminar, yo no. Le dije a Julio

que yo por esa chica y por su *gurumai* no me jugaría mi paz familiar. Me agarró del brazo, fue con Zorrilla y le dijo:

—Ya lo dijo Vicente: no la publicamos.

Seguramente no fue la única vez...

Había incidentes a cada rato. Una vez nos enteramos de que Córdoba Montoya iba a hablar sobre el TLC con un norteamericano en un restaurante de Washington. Carlos Puig, nuestro corresponsal, apartó una mesa junto a ellos, y grabó todo. Resultó escandalosísimo que lo hubiéramos grabado, aunque todo el tiempo había filtraciones de ida y vuelta. Carlos logró hacer una nota de los acuerdos a los que estaban llegando. La noche del cierre llegó a *Proceso* Fernando Gutiérrez Barrios, desplegando todo su aparatote de la Federal de Seguridad.

Antes de que siquiera reclamara, Julio le enseñó la portada y sin darle espacio para responder, le dijo: “Dígame al presidente que haga su trabajo, que yo seguiré haciendo el mío”. Sólo respondió: “En eso sí tiene razón”. Se dio la media vuelta y esa vez no pasó nada.

Alguna vez balearon los cristales de tu casa...

Fue semanas después del golpe al *Excélsior*. Todo el tiempo que estuve en *Proceso* sucedían cosas. Descolgaba el teléfono y me decían majaderías o ya más directo: “Te vas a morir, cabrón”. Una vez le conté a Julio y respondió: “A mí me llaman a cada rato, no hagas caso, no pasa nada”. Julio era muy audaz porque aquellos tiempos distaban de ser como los de ahora, en los que nadamos en una libertad desmedida.

Sé, por ejemplo, que después de 1968, Julio y algunos colaboradores recibían amenazas, y es más, estalló una bomba en el *Excélsior*, en Reforma 18. Díaz Ordaz increpó a Julio en Los Pinos porque el *Excélsior* desobedecía los criterios oficiales. Julio agarró una caja de cerillos que estaba sobre el escritorio presidencial, la paró de canto y le dijo que la perspectiva para ambos era diferente, igual que la manera en la que cada uno veía el problema de los estudiantes. Díaz Ordaz le espetó a Julio: “¿Hasta cuando dejará usted de traicionar a este país!”.

Cada sexenio tuvo su color. Con López Portillo, rodeado de lambiscones, las amenazas se agravaron aún más. Insistía que él no pagaba para que le pegaran. De la Madrid fue inocuo.

¿Cómo les fue con Salinas?

Ha sido el único presidente con el que yo mantuve una relación. Al principio de su gestión, después de una reunión de intelectuales, me subió a su coche. Dijo: “Dígale a Julio que ya le pare”.

“¿Qué hacemos para trascender a Julio Scherer?”, llegó a insinuarme tiempo después. Respondí sin cortapisas: “No hay forma, licenciado, le recomiendo que lo que tenga que decirle a Julio se lo diga directamente”. Insistía que con él no se podía hablar. Siguió llamándome para que lo fuera a ver, para quejarse de Julio.

Hablemos de la relación entre el periodista y el poder. Julio parecía gozar de independencia a pesar de que recibía cuantos como regalos, y en Los periodistas relatas que Luis H. Ducoing, Gobernador de Guanajuato, le cedió su finca para pasar las vacaciones decembrinas con su familia, atendidos por un “ejército de sirvientes”. Las atenciones incluyeron que todas las colchas tuvieran bordada la inscripción: Julio Scherer.

Esas atenciones no alcanzaban el rango de “embute”. Eran secundarias frente a los ofrecimientos que se estilaban entonces. En el instante en el que un periodista recibe un verdadero “embute”, vende su libertad crítica, pero la relación de Julio con los políticos, nunca fue un “embute”, nunca nadie logró silenciarlo.

Froylán López Narváez me contó que estaba con Julio cuando el mensajero de un político le entregó un sobre. Cuando se dio cuenta que contenía un cheque con muchos ceros, salió furioso en mangas de camisa, alcanzó al mensajero y le dijo: “Dígale a su patrón que muchas gracias, que el director del *Excélsior* no recibe cheques”.

Cientos de veces, secretarios de estado lo invitaban a cenar, y entre copas de vino y apapachos, le imploraban que detuviera las críticas de los editorialistas. Siempre les decía que él no daba línea. La indicación a sus editorialistas era siempre la misma: “Ustedes escriban libremente, yo paro los golpes”.

Me acuerdo que cenaba hasta altas horas con Hank González y en el siguiente número de *Proceso* le rompíamos su madre. De pronto Julio era brutal, siempre dispuesto a volver a cenar con los funcionarios para tranquilizarlos y convencerlos de que, sin una prensa crítica y libre, el país no tendría sentido. La ética de Julio estaba comprometida con su profesión, antes que con la moral o el servilismo.

Julio te enlistaba entre los intachables, ¿te llegaron a ofrecer dinero por motivos periodísticos?

Nunca. Nacimos como un medio contestatario del poder y hacíamos público lo que no se conocía. Nuestro aliento era hacer un periodismo agresivo, independiente; y en la cúpula sabían que si nos ofrecían chayote, los denunciaríamos.

Ahora todo ha cambiado y quizá los excesos de hoy sean peores que los de ayer. Hoy la información brota hasta por las alcantarillas, pero a la hora de informar no se informa y cabalgamos entre los insultos ofensivos, el sensacionalismo y el insulso periodismo de banqueta. Eso, para mí, es un mal periodismo, un periodismo vulgar y facilón.

A Proceso se le ha acusado de eso: de erigirse como juez, de ser amarillista, de estar ideologizado...

Mi mayor disputa con los reporteros era luchar porque se apegaran a la verdad y no tomaran partido. Nunca confundimos los dos terrenos: información y subjetividad. Si tuvimos desbarres, no fue por voluntad.

La responsabilidad del informador la aprendí muy pronto y de forma dramática. Cuando entré al *Excélsior* escribía también editoriales. En aquel momento, Granados Chapa y Miguel López Azuara, echaban pestes en sus escritos contra Roberto Guajardo Suárez, presidente de la Coparmex. Como tenía que entregar mi artículo y no tenía de qué escribir, decidí ponérmelo como lazo de cochino. Al siguiente día llegó una carta suya al *Excélsior*, reclamando mis juicios. Me mató la culpa porque yo sólo me había basado en chismes. En mi siguiente entrega le pedí perdón. Granados Chapa me criticó, dijo que no era necesario. Guajardo Suárez quedó conmovido. Aprendí que es muy fácil echar mierda y esa lección me marcó para toda la vida.



Con Julio Scherer

¿Consideras que Proceso protagonizó el proceso democrático de México?

La democracia no se deriva de un medio. Fue un fenómeno más complejo, pero sin duda *Proceso* coadyuvó a destapar el autoritarismo, la corrupción, el narcotráfico, el cacicazgo, los reporteros asesinados, el enriquecimiento de los gobernantes. Trataron de silenciarnos, pero nadie nos mató y pudimos seguir. ¡En tiempos de la irrupción zapatista y la crisis de Salinas llegamos a vender hasta trescientos mil ejemplares!

NO HAY PEOR POLÍTICA QUE LA NEGRA

El tema de la Iglesia inunda tu obra. Desde Pueblo rechazado (1968), donde aludes a una jerarquía eclesiástica “cobarde, tímida y perezosa” o Redil de Ovejas (1973), hasta el guión de El crimen del Padre Amaro (2002), hay una suerte de rebelión contra el mundo que viviste, una necesidad de exhibir los manejos elitistas de la jerarquía eclesiástica...

Pueblo rechazado y Redil de ovejas fueron justamente eso, mi testimonio sobre el mundo mocho que me había regido. Me enoja que la Iglesia eclesiástica haya sepultado al mundo religioso. Para mí fue clave el Concilio Vaticano II y la apertura que generaron el pensamiento marxista y la teología de la liberación.

En la introducción de Pueblo rechazado cuentas que en 1962, cuando escribías tu novela Los albañiles, Miguel Manzur y Ramón Zorrilla te sugirieron que, para terminar de escribirla, te hospedaras en el cuestionado monasterio Santa María de la Resurrección del sacerdote Gregorio Lemercier, en Cuernavaca, quien combinaba misa con psicoanálisis...

La hospitalidad benedictina permitía a cualquier varón hospedarse en una celda individual, sin más obligación que la de compartir los alimentos con los monjes. Yo sólo viví la experiencia monacal porque nunca vi las

sesiones terapéuticas de grupo. La primera vez, apenas conocí a Lemercier, platicué con él no más de veinte minutos. Pude regresar a entrevistarlo en 1967, cuando fue condenado por el Santo Oficio, y tomó la decisión de renunciar al ejercicio del sacerdocio jerárquico católico para crear la comunidad “Emaús”, que significa “pueblo rechazado”. Me pegó la necesidad de hablar de la renovación de la iglesia, la reforma ecuménica y el quiebre institucional. Por eso escribí *Pueblo rechazado*.

En este mismo tenor siguió El juicio en 1971, donde aludes a ese mesianismo que viviste en la Acción Católica y por el que tanto admiraste a León Toral.

Cuando mi padre murió, descubrí en su biblioteca dos libros en donde se reproducía textualmente el juicio popular que le hicieron a Toral y a la madre Conchita, tras el asesinato, en la delegación San Ángel. Ahí estaba el fanatismo religioso de los acusados y el político de los acusadores. Era casi una obra de teatro en bruto y fue fácil escribir *El juicio*.

El gobierno ya había censurado *El atentado* de Ibarra Güengoitia sobre el mismo tema y a Juan José Guerra le habían impedido montar esa obra. Sabía que *El juicio* también viviría su calvario.

Fue la primera y única vez que a mí me ofrecieron dinero por mi silencio. Por la presión de los obregonistas, el regente Octavio Senties me ofreció, a través de Amado Treviño, su jefe de relaciones públicas, ciento cincuenta mil pesos para mí y ciento veinticinco mil para Retes y los actores, con el fin de cooptarnos. Por toda la temporada yo pensaba sacar treinta mil pesos de honorarios. Creyeron que me doblegaría; cuando me negué, duplicaron la oferta imaginando que no me habían llegado al precio.

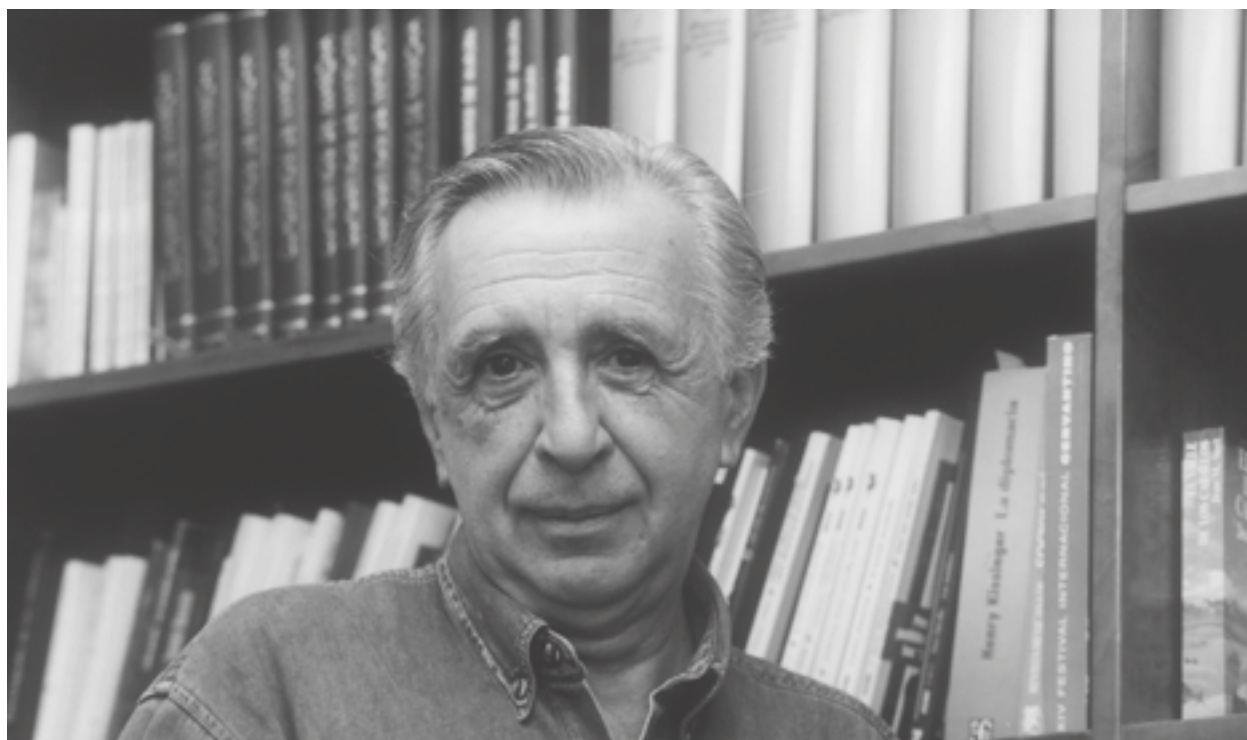
También conociste a Sergio Méndez Arceo, el obispo de Cuernavaca que se acercó al comunismo, criticó de frente a Díaz Ordaz por generar “la violencia de los oprimidos o impotentes”, participó en el Concilio Vaticano II y a quien luego marginaría Juan Pablo II. A él le dedicas El Padre Amaro. ¿Cuál fue tu relación con él?

Lo conocí en 1967 cuando lo busqué para que intercediera con Lemercier, quien había rechazado mi libreto de *Pueblo rechazado*. Don Sergio lo convenció de que no pusiera trabas. Con el tiempo le confesé que quería escribir su biografía y, poco a poco, Estela acabó por convencerlo. Durante 1973, obsesionado por lograrlo, le caíamos al Arzobispado de Cuernavaca.

En Revista de Revistas, publicaste en 1973 un reportaje sobre este “rebelde” a quien la iglesia tildaba de “obispo comunistoide” y “camarada Sergio”. Te dijo que Chile y Cuba lo transformaron y, sin embargo, tú no preguntaste más ni del Encuentro Latinoamericano de Cristianos por



Con Luis de Tavira



el Socialismo que se realizó en Santiago, durante la gestión de Allende, ni de sus entrevistas con Fidel. Parece que te quedaste a mitad de camino.

En esa entrevista sólo quiso hablar de su infancia y juventud y concluir con su decisión de ser cura. Partí de la hipótesis que él había sido como todos los obispos, muy conservador, y que algo lo había transformado. Insistió que siempre fue de avanzada. Mi intención era continuar la entrevista, pero él se evadió y, efectivamente, terminé donde debía empezar. Sin embargo, seguí trabajando en su biografía que quedó abortada.

Para 1980, una mujer me llamó para decirme que estaba haciendo la biografía de Méndez Arceo y que él le pidió que hablara conmigo. Me enfurecí con Don Sergio. Durante años, Luis Suárez, periodista de *Siempre!* que lo entrevistó mil veces, y yo nos disputamos quién haría la biografía, y nos cambió por una advenediza. Después le llamó a Estela pidiéndole que lo disculpáramos, arguyó que esa biografía no tendría importancia; efectivamente resultó de quinta. Luego él desapareció.

En 1983, el alto clero lo dejó desempleado. El Vaticano envió a México al Cardenal Girolamo Prigione, quien usó a Luis Reynoso y a Monseñor Juan Jesús Posadas, entonces obispo de Tijuana, para perseguir al clero diocesano, desarticular los equipos sacerdotales y enviar curas al destierro. Como premio por su labor destructora, Prigione convirtió a Posadas, el mismo que murió asesinado en 1993, primero en arzobispo de Guadalajara y después en cardenal.

¿Llegaste a coquetear con la guerrilla como adepto a la teología de la liberación?

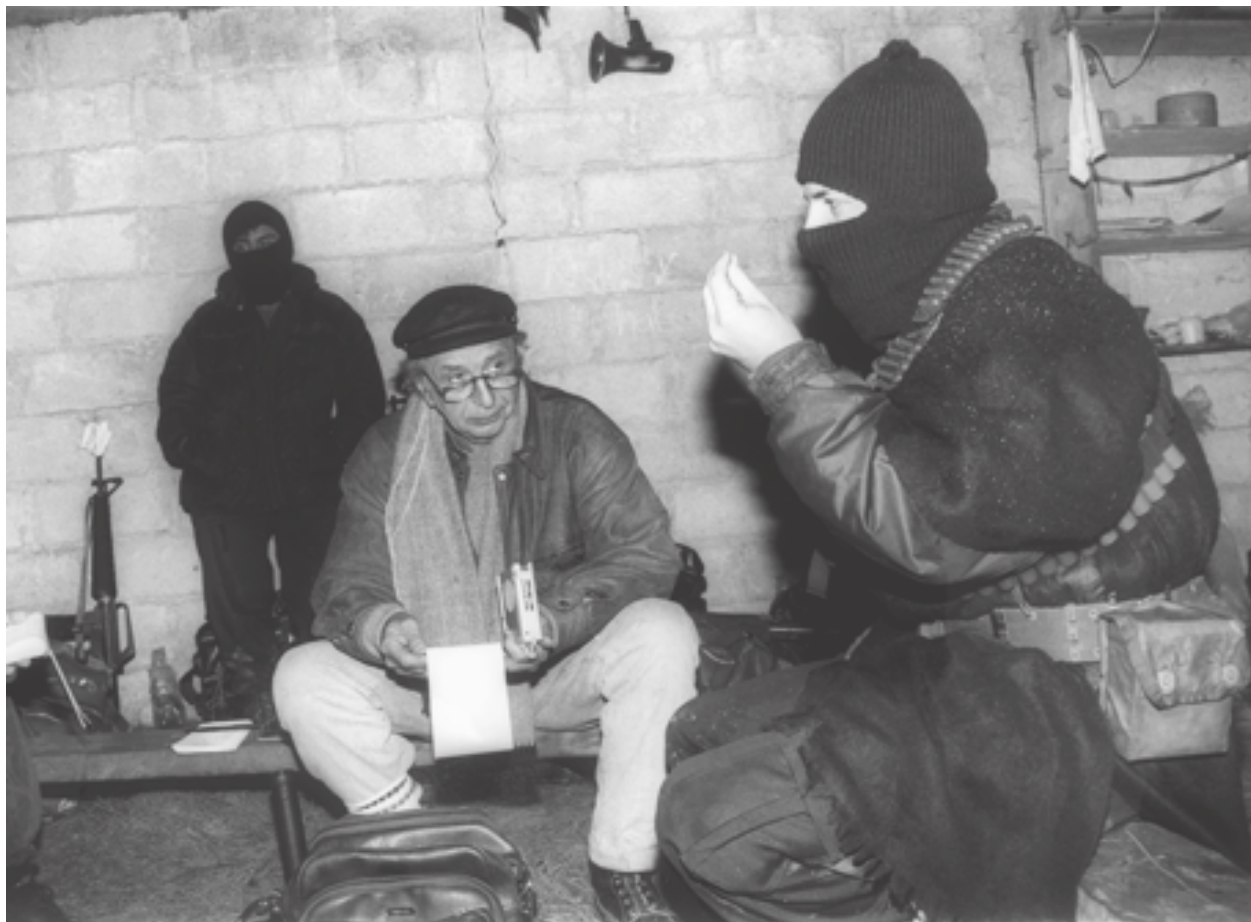
Mi trayectoria ideológica fue más por el camino religioso que por el político. Hubiera preferido una política de no violencia, como la de Gandhi. Con los años, me decepcioné un poco de la teología de la liberación. Sentí que estaba demasiado imbuida de una visión marxista y a los teólogos de la liberación que admiraba comencé a verlos incompletos, radicales. A Méndez Arceo siempre lo admiré por su visión tan abierta de la Iglesia y su apego a las corrientes de la teología de la liberación, pero acabé por guardar distancia cuando, en los ochenta, se comprometió con la guerra en Nicaragua y El Salvador.

Sin embargo, considero que la Iglesia misma, con su conservadurismo y sus contradicciones, injustamente fue marginando la opción de los pobres y provocó esta absurda radicalización política. Lo que hicieron por borrar, por ejemplo, a Méndez Arceo fue criminal, tan criminal como borrar la labor de Samuel Ruiz en Chiapas.

Este aliento de denuncia reaparece en tu guión de la controvertida cinta de Carlos Carrera El crimen del Padre Amaro.

Cuando Arturo Ripstein me propuso hacer el guión de la novela de José María Eça de Queiroz, me sorprendí al ver que ahí estaban los elementos que a mí me han obsesionado: nuestra pobre Iglesia desacreditada por un clero enfermo de soberbia y ceguera.

Jamás imaginé el revuelo que la película generaría y que muestra el precario nivel de nuestra discusión ideológica. Quizá le faltó más sutileza a la dirección, sobre todo al final cuando se celebran las honras fúnebres de la chica. Mi guión terminaba en cualquier otro tiempo cuando vemos al Padre Amaro convertido en



Con Marcos

poderoso párroco, ya instalado en el juego eclesiástico político.

Durante semanas decidí no participar en el alboroto. Sin embargo, Estela, harta de verme lastimado por ese retorno de la Iglesia a la penumbra preconiliar, me incitó a escribir unas líneas que acabé publicando en *Proceso*, a mediados de agosto de 2002.

En ellas lo dije claro. Soy católico y soy escritor; soy anticlerical, pero jamás anticatólico. Las secuencias pudieron resultar irreverentes, agresivas, pero ninguna tenía contenido herético. Lo que enojó a la jerarquía eclesiástica y a sus acólitos fue la denuncia del crimen del mentado poder, que convierte a un sacerdote leal en párroco, a un párroco leal en obispo, a un obispo leal en cardenal...

También los laicos somos Iglesia católica y tenemos el derecho y la obligación de señalar y denunciar, hasta despotricar, lo que ocurre en nuestra realidad religiosa, incluyendo la sucia política eclesiástica, los sacerdotes incontinentes como Amaro, los paidófilos como Marcial Maciel y las narco limosnas documentadas por Leonardo Boff que patrocinan y corrompen al clero de América Latina.

El padre de Méndez Arceo le dijo a don Sergio cuando supo que iba a entrar al seminario: “Acuérdate siempre que no hay peor política que la negra”, y creo que tenía razón.

UNA VIDA QUE SE VA...

Vicente, en qué medida, tu abierto catolicismo fue una tara para ser aceptado por el círculo intelectual mexicano...

Yo mostré ser anticlerical, pero ello no impidió que hubiera una cierta desconfianza por tildarme de mocho o por no considerarme de su estatura. Viví al margen, no encajaba: entre los ingenieros era escritor; entre los periodistas, novelista; y entre los escritores, ingeniero.

Para el grupo de Benítez, como te dije, yo no existía. Mis libros no tenían eco o me ignoraban o indistintamente salían Emmanuel Carballo o Huberto Batis a pegarme. Hasta que no entré al *Excelsior* no tuve ninguna vela en el entierro cultural. Hoy, sin embargo, me congratulo de no haber pertenecido a mafias porque no tuve que plegarme a la moda. Me obsesioné con los temas católicos y los abordé como me dio la gana.

Eres un hombre introspectivo...

Estela, el periodismo y la literatura han sido mis fuerzas purificadoras. Camus tiene una frase lapidaria: “Cuando se acaba el misterio, se acaba la vida”. Yo la tomo como una advertencia personal. No me gusta que las historias se acaben: ni en el cine, ni en la literatura, ni en la vida. Siempre tiene que haber más posibilidades, más caminos, más repuestas. Creo en la vida eterna, en la partida a medio juego, porque finalmente nunca morimos del todo... **U**